

MENSAJE CATÓLICO ROMANO

Padre Frank Gold
Saint Joseph's Hospital, Denver, Colorado

En el capítulo 19 del Evangelio de San Mateo, Jesús encuentra a un joven que le pregunta: “¿Qué debo hacer para ganar la vida eterna?” Jesús le da la respuesta que todos conocemos muy bien: “¡Guarda los Mandamientos! El joven rico le contesta que eso ya lo habla cumplido, y prosigue, “¿qué más hace falta?” En pocas palabras, Jesús le indica que tiene que entregar su vida entera y dar sus bienes a los demás. Y la historia relata que al joven rico le costó mucho escuchar y llevar a cabo las palabras de Jesús.

En las enseñanzas y la vida de Jesús, dar la vida es un concepto esencial en Su ministerio. El mismo Jesús lo demuestra cuando nos habla del grano de trigo que debe morir y del amor cuya magnitud se mide al dar la vida por los demás. Esta enseñanza la reafirma en la historia del joven rico cuando condiciona su seguimiento con la disponibilidad y la entrega vital de sí mismo.

Es difícil aceptar las palabras de Jesús en este mundo que nos invita a la acumulación de bienes y a la búsqueda del propio bienestar. Hoy día al escuchar el mensaje del evangelio de San Mateo, Jesús nos recuerda que Dios no solo nos ha dado la vida, sino que también nos ha equipado con una serie de dones y talentos. El significado de la historia es evidente. Dios no nos dio los talentos para atesorarlos y multiplicarlos solamente, sino para entregarlos a los demás de la misma manera que los recibimos.

Hemos escuchado estas lecciones de Jesús muchas veces, y nos preguntamos que significan para nuestra vida de fe. ¿Cómo hemos de vivirlas? Jesús dice que entreguemos de la misma manera que hemos recibido, pues al final de cuentas tendremos que dejar todo lo que en esta vida nos parecía tan importante. Hay quienes han entregado su vida literalmente por medio del martirio (los mártires). Hay otros que dan sus posesiones (las cosas que ya no usan). Y hay quienes dan su dinero para obras de caridad (donan dinero a organizaciones de beneficencia).

En esta estación de otoño en la cual la naturaleza nos da ejemplo de desapego, celebremos “**El Día Nacional del Donador.**” Un fin de semana dedicado a la reflexión sobre el don maravilloso de nuestros cuerpos (nuestros órganos y tejidos). En el contexto físico de nuestros propios cuerpos, ¿qué tan dispuestos estamos a seguir el mensaje de Jesús de disponibilidad, servicio, y entrega? A pesar de nuestra fe en la resurrección final, no podemos llevarnos nuestros cuerpos más allá de la muerte y guardarlos hasta ese día. Pero la donación de nuestros órganos y tejidos, la sanción, y la vida que esto significaría para los demás, podría dar cierto significado a nuestra fe en la resurrección.

Para muchos de nosotros, aún es difícil abordar este tema de la donación de órganos y tejidos a pesar de que este punto está en el corazón de las enseñanzas de Cristo. El apego a las cosas de este mundo no cabía en el estilo de vida de Jesús; por el contrario, Él entregó su vida por nosotros. Cabe preguntarnos: ¿Estoy yo dispuesto/a entregar mi vida por los demás, aunque sea a un extraño? ¿Estoy yo dispuesto/a dar mi propio cuerpo para que otros gocen el don de la vida que yo mismo/a goce?

El próximo fin de semana llegaremos al final de nuestro ciclo litúrgico, y este es un buen tiempo para reflexionar sobre los valores y posteridades (finalidad) de la vida. ¿Cuál es el objeto de la

vida? ¿Seré capaz de dar mis posesiones a los más necesitados? Y ¿pondré en claro a mis seres queridos que quiero poner a la disposición de los demás cualquier parte/órgano de mi cuerpo para que otro pueda ver, caminar, y vivir como yo he vivido?

San Pablo nos recuerda en su carta a los Tesalonicenses que, “El día del Señor llegará como un ladrón por la noche.” Al terminar este año litúrgico, procuremos estar conscientes de las cosas que son importantes en esta vida y al final de la misma. El evangelio de la próxima semana continúa con el evangelio de hoy con las palabras “En el juicio final... Cuando tuve hambre, me alimentaste...” Recordemos que hay otros que podrían vivir si estuviéramos dispuestos a entregar nuestra vida por los demás; compartiendo nuestros ojos, huesos, piel, ¡nuestra vida!

¿Qué bien puedo hacer para ganarme la vida eterna?... ¡Da la vida!

Traducción: cortesía del Padre Miguel Campos, Sch.P, Maria Auxiliadora, Los Angeles, California